



CAPÍTULO UNO

PENSAMIENTOS EN EL TREN

Las sacudidas sutiles del tren hicieron que Alex Bailey despertara. Observó los asientos vacíos a su alrededor mientras recordaba dónde estaba. Un suspiro largo salió de la chica de trece años, que acomodó con cuidado un mechón rubio rojizo que se había escapado de la cinta que llevaba en su cabello.

-No de nuevo -se dijo a sí misma en un susurro.

Alex odiaba quedarse dormida en lugares públicos. Era una jovencita muy inteligente y seria, y odiaba dar la impresión equivocada. Por suerte, era una de las pocas personas en el tren de las cinco de regreso a la ciudad; su secreto estaba a salvo.

Alex era una alumna excepcionalmente brillante; siempre lo supo. De hecho, estaba tan adelantada que formaba parte de un programa de honor que le permitía tomar alguna clase adicional en la universidad comunitaria de la ciudad siguiente a la suya.

Dado que era demasiado joven para conducir y que su madre trabajaba la mayoría de los días en el hospital de niños, cada jueves después de la escuela Alex iba en bicicleta a la estación de tren y viajaba un trayecto corto hasta llegar a la siguiente ciudad para tomar sus clases.

Era cuestionable si una niña de su edad podía hacer ese viaje sola, y al principio su madre había tenido ciertas reservas, pero ella sabía que su hija podía manejarlo. Este corto viaje no era nada en comparación con lo que Alex había lidiado en el pasado.

Alex amaba ser parte del programa de honor. Por primera vez, podía aprender sobre Arte, Historia y otros idiomas en un ambiente donde todos *querían* estar presentes. Cuando sus profesores hacían preguntas, Alex era una de las tantas personas en alzar la mano para responder.

Otra ventaja para Alex del viaje en tren era el tiempo de descanso a solas que obtenía. Miraba por la ventana y dejaba que sus pensamientos vagaran mientras el tren avanzaba. Era la parte más relajante de su día, y varias veces se había descubierto a sí misma quedándose adormecida, pero solo en extrañas ocasiones como hoy se quedaba completamente dormida sin querer.

En general, despertaba sintiéndose avergonzada, pero esta vez la vergüenza de Alex estaba mezclada con fastidio. Estaba teniendo un sueño decepcionante: un sueño que había tenido muchas veces el año anterior.



Soñó que estaba corriendo descalza en un bosque hermoso con su hermano mellizo, Conner.

-¡Apuesto a que llego a la cabaña antes que tú! -decía Conner con una sonrisa enorme. Él tenía la misma apariencia que su hermana, pero, gracias a un estirón reciente propio de la etapa de crecimiento, ahora era unos centímetros más alto que ella.

-¡Ya lo veremos! -respondía Alex riendo, y la carrera comenzaba.

Se perseguían a través de los árboles y de campos llenos de césped, completamente despreocupados. No había trolls, lobos ni reinas malvadas para preocuparse, porque, donde sea que fuera que Alex y Conner se encontraban, sabían que estaban a salvo.

Después de un rato, aparecía una pequeña cabaña a la vista. Los mellizos salían disparados hacia ella y ponían toda su energía en el tramo final.

-¡Gané! -declaraba Alex cuando sus dos palmas abiertas tocaban la puerta de entrada un milisegundo antes que las de su hermano.

-¡No es justo! -exclamaba Conner-. ¡Mis pies son más planos que los tuyos!

Alex reía e intentaba abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Tocaba, pero nadie respondía.

-Qué extraño -decía Alex-. La abuela sabía que vendríamos a visitarla; me pregunto por qué trabó la puerta.

Ella y su hermano espiaban por la ventana. Ambos veían a su abuela dentro, sentada en una mecedora cerca de la chimenea. Se veía triste, y se movía de adelante hacia atrás con la silla.



-¡Abuela, llegamos! -decía Alex y con alegría golpeaba el vidrio de la ventana-. ¡Abre la puerta!

Su abuela no se movía.

-¿Abuela? -preguntaba Alex, golpeando la ventana más fuerte-. ¡Abuela, somos nosotros! ¡Queremos visitarte!

La señora apenas alzaba la cabeza y miraba a través de la ventana hacia ellos, pero permanecía sentada.

-¡Déjanos entrar! -gritaba Alex, golpeando aún más fuerte el vidrio.

Conner negaba con la cabeza.

-No tiene sentido, Alex. No podemos entrar -volteaba y caminaba en la dirección por la que habían venido.

-¡Conner, no te vayas! -decía ella.

-¿Para qué molestarnos? -respondía él, dándose vuelta y mirándola-. Claramente ella no quiere que estemos allí dentro.

Alex comenzaba a golpear el vidrio de la ventana lo más fuerte que podía sin romperlo.

-¡Abuela, por favor, déjanos pasar! ¡Queremos entrar!
¡Por favor!

La señora la observaba con expresión ausente.

-Abuela, no sé qué hice mal pero sea lo que sea, ¡lo lamento! ¡Por favor, déjame entrar de nuevo! -pedía Alex mientras las lágrimas rodaban por su rostro-. *¡Quiero entrar! ¡Quiero entrar!*

El rostro inexpresivo de la abuela se convertía en un ceño fruncido y negaba con la cabeza. Alex se daba cuenta de que no le permitiría pasar, y cada vez que llegaba a esa conclusión en el sueño, despertaba.

Puede que no haya sido un sueño placentero, pero se había sentido tan bien regresar al bosque y ver el rostro de



su abuela de nuevo... Era obvio para ella lo que el sueño representaba, y lo había sido desde la primera vez que lo había tenido.

Sin embargo, Alex sintió algo diferente cuando despertó esta vez. No pudo evitar sentirse como si alguien la hubiera estado observando mientras dormía.

Cuando recién se había despertado, aunque al principio no había prestado demasiada atención, podía haber jurado que vio a su abuela sentada frente a ella en el tren.

¿Fue una visión verdadera o solo su imaginación que la engañaba? Alex no podía negar la posibilidad de que hubiera sido real. Su abuela era capaz de hacer muchas cosas...



Había pasado más de un año desde que Alex y Conner Bailey habían descubierto el mayor secreto de su familia. Cuando les regalaron un viejo libro de cuentos que había pertenecido a su abuela, nunca esperaron que el objeto los transportara al mundo de los cuentos de hadas, y nunca, ni en sus sueños más salvajes, esperaron que su abuela y su padre fallecido *fueran* de ese mundo.

Viajar de reino en reino y hacerse amigos de los personajes sobre los que habían leído mientras crecían fue la aventura de sus vidas. Pero la mayor sorpresa llegó cuando los mellizos descubrieron que su propia abuela era el Hada Madrina de Cenicienta.

Finalmente, la abuela encontró a los mellizos y los llevó de regreso a casa para reunirlos con su angustiada madre.



–Le dije a la escuela que ambos tenían viruela –dijo Charlotte, la madre de los niños–. Tuve que pensar en una buena excusa para justificar por qué habían estado ausentes durante dos semanas y creí que decir que estaban de viaje en otra dimensión probablemente sonaría un poco extraño.

–¿Viruela? –preguntó Conner–. Mamá, ¿no se te ocurrió algo *más cool*? ¿Como la mordida de una araña o una intoxicación?

–¿Siempre supiste dónde estábamos? –inquirió Alex.

–No fue difícil darme cuenta –respondió Charlotte–. Cuando regresé a casa del trabajo, entré a tu habitación y encontré *La tierra de las historias* en el suelo. Todavía estaba brillando.

Miró hacia el gran libro de cuentos color esmeralda que la abuela sujetaba con firmeza entre las manos.

–¿Estabas preocupada? –preguntó Conner.

–Por supuesto –afirmó Charlotte–. No necesariamente por su seguridad, sino por su cordura. Me preocupaba que la experiencia los abrumara y los asustara, así que llamé a su abuela de inmediato. Por suerte, ella todavía estaba en este mundo, viajando con sus amigos. Pero después de haber pasado dos semanas sin saber dónde estaban... bueno, solo digamos que suplico no tener que vivir de nuevo algo semejante.

–Entonces, ¿lo sabías todo? –preguntó Alex.

–Sí –respondió su madre–. Su papá iba a contárselos en algún momento; solo que nunca tuvo la oportunidad.

–¿Cómo te enteraste? –preguntó Conner–. ¿Cuándo te lo contó papá? ¿Siquiera le creíste al principio?

Charlotte sonrió ante el recuerdo.



–En cuanto vi a su padre, supe que había algo diferente en él –explicó–. Recién había empezado mi primera semana como enfermera en el hospital de niños cuando vi a su abuela y a su grupo de amigos venir a leerles cuentos a los pacientes. Pero me cautivó por completo el hombre apuesto que los acompañaba. Él era tan peculiar; observaba maravillado todo a su alrededor. Creí que se desmayaría cuando vio el televisor.

–Fue el primer viaje de John a este mundo –dijo la abuela con una sonrisa.

–Me pidió que le mostrara el hospital, y eso hice –continuó Charlotte–. Estaba tan fascinado por aprender sobre el lugar: las cirugías que hacíamos, los medicamentos que usábamos, los pacientes que tratábamos. Preguntó si podía reunirse de nuevo conmigo luego de trabajar para contarle más. Terminamos saliendo durante dos meses y nos enamoramos. Pero después, extrañamente, él desapareció sin previo aviso y no volví a verlo por tres años enteros.

Los mellizos miraron a su abuela, sabiendo ya una parte-cita de la historia.

–Hice que él regresara al mundo de los cuentos de hadas conmigo, y le prohibí que volviera –dijo la abuela, y se hundió un poco en el asiento–. Tenía mis motivos, como ya saben, pero estaba muy equivocada.

–Y en ese momento, él descubrió el Hechizo de los Deseos y comenzó a recolectar los objetos como nosotros, para encontrar una manera de regresar contigo –exclamó Alex con entusiasmo.

–Y en realidad no le llevó tanto tiempo; solo pareció así porque nosotros todavía no habíamos nacido, y aún había una diferencia temporal entre los dos mundos –añadió Conner.



–Finalmente, lo vi de nuevo en el hospital –dijo Charlotte–. Se veía tan débil y sucio, como si volviera de una guerra. Me miró y me dijo: “No tienes idea de lo que he pasado para regresar contigo”. Nos casamos un mes después y fuimos padres un año más tarde. Así que, para responder tu pregunta: no, no fue difícil aceptar que su papá era de otro mundo porque, en cierto modo, siempre lo había sabido.

Alex metió la mano en su bolso y extrajo el diario que su padre había escrito mientras buscaba los objetos para el Hechizo de los Deseos, el mismo diario que ellos habían seguido al recolectar los objetos por su cuenta.

–Toma, mamá –dijo Alex–. Ahora puedes saber exactamente cuánto te amaba papá.

Charlotte bajó la mirada hacia el diario, casi asustada de tomarlo. Hojeó el cuaderno y sus ojos se humedecieron cuando vio la letra de su esposo fallecido.

–Gracias, cariño –respondió ella.

–Solo para que sepas –dijo Conner–, Alex y yo hicimos lo mismo que papá. Somos bastante geniales. Solo ten eso en mente por si alguna vez te sientes inspirada para darnos una mesada en el futuro.

Charlotte miró a su hijo, divertida; sabían que ella no tenía el dinero suficiente para darles una mensualidad. Desde la muerte de su papá, ella había estado luchando por mantener a la familia y terminar de pagar las deudas generadas por el funeral de su esposo. Pero eso hizo reflexionar a Alex: con todos los contactos que su familia tenía en el mundo de los cuentos de hadas, ¿por qué sus vidas habían sido tan difíciles el año anterior?

–Mamá –dijo Alex–, ¿por qué hemos estado atravesando



tantas dificultades cuando todo este tiempo la abuela hubiera podido simplemente mover su varita y hacer que todo en nuestras vidas mejorara?

Conner miró a su madre, con la misma pregunta en mente. Su abuela permaneció en silencio; no le correspondía explicarlo.

–Porque su padre no quería eso –dijo Charlotte–. Su padre amaba muchísimo este mundo; es el lugar donde nos conocimos, donde ustedes dos nacieron, y es donde él quería criarlos. Había venido de un mundo de reyes, reinas y magia, un mundo de privilegios y lujos innecesarios que él creía que arruinaban el carácter de las personas. Él quería que ustedes crecieran en un lugar donde pudieran conseguir cualquier cosa que desearan si se esforzaban lo suficiente; y, aunque ha habido momentos en los que un poco de magia hubiera ayudado mucho, he intentado respetar su deseo.

Alex y Conner intercambiaron una mirada; tal vez su papá tenía razón. ¿Podrían haber logrado lo que habían hecho durante las últimas semanas si no los hubieran criado de ese modo? ¿Podrían haber encontrado todos los objetos para el Hechizo de los Deseos o haberse enfrentado a la Reina Malvada si su padre no les hubiera enseñado cómo creer en ellos mismos?

–Entonces, ¿qué sucederá ahora? –preguntó Conner.

–¿A qué te refieres? –dijo la abuela.

–Bueno, es evidente que ahora nuestras vidas serán completamente diferentes, ¿verdad? –comentó con un brillo en los ojos–. Es decir, después de haber pasado dos semanas apenas sobreviviendo a encuentros con trolls, lobos, goblins,



brujas y reinas malvadas, no pueden esperar que regresemos a la escuela. Estamos mentalmente consternados, ¿no es así, Alex?

Charlotte y la abuela intercambiaron una mirada y estallaron en risas.

–¿Supongo que eso significa que todavía tenemos que ir a la escuela? –preguntó Conner. El brillo en sus ojos desapareció.

–Buen intento –dijo su madre–. Todas las familias tienen problemas, pero eso no significa que ustedes puedan abandonar la escuela por ellos.

–Gracias al cielo –exclamó Alex, suspirando–. Por un minuto, temí que se saliera con la suya.

La abuela miró el reloj.

–Está a punto de amanecer –dijo–. Hemos estado conversando toda la noche. Será mejor que ya me marche.

–Abuela, ¿cuándo te veremos de nuevo? –preguntó Alex–. ¿Cuándo podemos regresar a la Tierra de las Historias? –Alex había querido hacer esa pregunta desde el momento en que se fueron de allí. La abuela bajó la mirada hacia sus pies y pensó por un minuto antes de responder.

–Han tenido una aventura enorme, incluso para los estándares de un adulto –dijo la abuela–. Ahora mismo, necesitan concentrarse en ser niños de doce años en este mundo. Sean niños mientras todavía puedan serlo, chicos. Pero los llevaré de regreso algún día, lo prometo.

No era la respuesta que quería, pero Alex asintió. Había una pregunta más que había querido hacer durante toda la noche.

–¿Alguna vez nos enseñarás a hacer magia, abuela? –preguntó Alex con los ojos abiertos de par en par–. Es decir, dado



que Conner y yo somos parte hada, sería agradable saber una cosa o dos.

–¡Me había olvidado por completo de eso! –exclamó Conner, golpeando su frente con la palma de su mano abierta–. Por favor, no me incluyan en esto. *No quiero ser un hada*; ya no sé cómo decírselos.

La abuela permaneció en silencio. Miró a Charlotte, quien solo se encogió de hombros.

–Cuando sea el momento apropiado, corazón, nada me gustaría más –respondió la abuela–. Pero ahora el Consejo de las Hadas y yo estamos ocupándonos de ciertos asuntos, asuntos que consumen bastante tiempo; pero no tienen que preocuparse por ellos. En cuanto terminemos con eso, me encantaría enseñarte a hacer magia.

La abuela abrazó a sus nietos y les dio un beso en la coronilla.

–Creo que sería mejor que yo me lleve esto –dijo la abuela, refiriéndose al libro *La tierra de las historias*–. No queremos que la historia se repita.

Se dirigió hacia la puerta principal, pero en cuanto extendió la mano para girar el pomo, se detuvo y volteó a mirarlos.

–Lo olvidé, no conduje hasta aquí –dijo la abuela con una sonrisa traviesa–. Parece que tendré que irme al *viejo estilo de las hadas*. Adiós, niños, los quiero con todo mi corazón.

Y, despacio, la abuela comenzó a desaparecer, desvaneciéndose entre nubes suaves y brillantes.

–Está bien, *eso* sí que es algo que me gustaría aprender a hacer –dijo Conner. Agitó las manos a través de los destellos que flotaban en el aire–. Cuenten conmigo para *esa* clase.



Alex dio un bostezo contagioso y su hermano la imitó.

–Deben estar exhaustos –dijo Charlotte–. ¿Por qué no van a la cama? Me tomaré el día libre mañana, así que estaré aquí con ustedes, chicos, por si tienen más preguntas. Y porque los he extrañado.

–En ese caso, yo tengo una pregunta importante –replicó Conner–. ¿Qué hay para desayunar? Estoy muerto de hambre.



El tren de Alex por fin llegó a la estación. Ella tomó su bicicleta del soporte donde la había aparcado y pedaleó hasta su hogar, todavía pensando en su abuela.

Alex había esperado llevar una doble vida entre ambos mundos después de descubrir la Tierra de las Historias. Se imaginaba pasando veranos y vacaciones con su hermano en el Reino de las Hadas o en el Palacio de Cenicienta con su abuela. Se imaginaba que una vida completamente nueva, llena de magia y aventuras, comenzaría de inmediato. Lamentablemente, las expectativas de Alex no se cumplieron.

Había pasado más de un año desde la noche en que su abuela desapareció. No habían recibido ni una sola carta ni una llamada que explicara por qué se había ido. Se perdió todas las fiestas y el cumpleaños de los mellizos; lo que *nunca* sucedía. Y para empeorar las cosas, los mellizos tampoco habían regresado a la Tierra de las Historias.

No podían evitar estar enojados con su abuela. ¿Cómo podía simplemente desaparecer y nunca contactarse de nuevo? ¿Cómo podía llevarlos a un lugar con el que habían



estado soñando desde que eran pequeños y luego nunca permitirles regresar?

La abuela misma lo había dicho: una parte de la Tierra de las Historias vivía dentro de ellos; entonces, ¿quién era ella para mantenerlos lejos de allí?

–Su abuela es una mujer muy ocupada –le explicaba Charlotte a Alex cada vez que surgía el tema–. Los quiere muchísimo. Es probable que solo esté encargándose de muchas cosas ahora mismo. Ya oiremos de ella.

Esa respuesta no era suficiente para tranquilizar a Alex. A medida que pasaba más tiempo, comenzó a preocuparse por saber si su abuela estaba bien; a veces se preguntaba si siquiera estaba *viva*. Alex esperaba que no le hubiera ocurrido nada y que estuviera a salvo. Extrañaba sus abrazos más que ninguna otra cosa.

La vida sin su papá había sido lo más difícil que los mellizos habían experimentado jamás. Pero la vida sin su papá y sin su abuela era casi imposible de concebir.

–¿Qué crees que está ocurriendo? –le preguntó Alex a Conner en una ocasión.

–No lo sé –respondió él con un suspiro triste–. Lo último que nos dijo fue que ella y las otras hadas estaban ocupándose de unos asuntos. ¿Tal vez solo les está llevando más tiempo del que esperaban?

–Puede ser –dijo Alex–. Pero tengo el presentimiento de que la situación es mucho peor de lo que dijo. ¿Qué otra cosa la mantendría alejada de nosotros durante tanto tiempo?

Conner solo se encogió de hombros.

–Creo que la abuela nunca nos evitaría intencionalmente ni nos excluiría de nada –comentó él.



–Solo estoy preocupada por ella –admitió la niña.

–Alex –dijo Conner con una ceja en alto–, la mujer es mágica y ha vivido durante cientos de años. ¿De qué hay que preocuparse?

Alex suspiró.

–Supongo que tienes razón. Será mejor que tenga una buena excusa la próxima vez que la veamos.

Por desgracia, no parecía que “la próxima vez” fuera a ocurrir pronto.

No era sorprendente que la situación hubiese comenzado a afectar sus sueños, pero más que eso, Alex estaba *deprimida*. Desde que había regresado de la Tierra de las Historias, sentía como si le faltara una parte. La dimensión mágica había llenado el vacío que se formó luego de perder a su padre, y el vacío crecía cada día que pasaba sin poder regresar a ese lugar.

Los viajes semanales a la universidad siempre eran un gran disparador para que Alex se sintiera de esa manera. La universidad era un lugar que representaba el futuro, y aunque Alex estaba a años de distancia de asistir realmente a la universidad, no le agradaba planear ningún futuro que no incluyera a la Tierra de las Historias. ¿Cómo podía llevar una vida normal cuando tenía pruebas de que ella no era normal?

Alex fantaseaba con mudarse algún día a la Tierra de las Historias. ¿Podría su abuela enseñarle magia suficiente para que se convirtiera en un hada oficial? ¿Podría Alex convertirse en miembro del Consejo de las Hadas o, mejor aún, de la Asamblea del Felices por Siempre?

Alex intentaba hacer magia por su cuenta, pero nunca funcionaba. La única vez que había hecho algo mágico fue



cuando activó por accidente el libro de cuentos de su abuela, que los transportó a ella y a Conner a la Tierra de las Historias. Pero dado que el libro *era de su abuela*, Alex se preguntaba si era capaz de hacer algo por su cuenta.

A veces, cuando estaba particularmente desesperada, se dirigía a la biblioteca de la escuela y tomaba cualquier antología de cuentos de hadas. Sostenía el libro contra el pecho y pensaba en cuánto quería ver la Tierra de las Historias, al igual que lo hizo la noche de su cumpleaños número doce. Pero nunca sucedía nada; solo atraía la atención no deseada de otros alumnos.

–¿Por qué está abrazando un libro? –le preguntó una chica popular a su rebaño presumido en una ocasión.

–¡Tal vez lo lleve al baile de bienvenida! –comentó otra niña, y todas rieron a costa de Alex.

Estuvo tentada de gritar: “¡Ey! ¡Mi abuela es el Hada Madrina de Cenicienta, y en cuanto me enseñe a hacer magia, las convertiré en el brillo labial que tanto usan!”, pero no dijo nada.

Mientras Alex recorría en bicicleta el resto del camino a casa desde la estación de tren, cerró los ojos por un minuto e imaginó que estaba pedaleando junto al arroyo Pulgarcita en dirección al Reino de las Hadas (con una manada de unicornios a su izquierda y un grupo de hadas planeando a su derecha) y que se encontraría con su abuela para una clase de magia sobre cómo transformar harapos en un hermoso vestido de fiesta.

El paraíso, pensó para sus adentros.

Alex abrió los ojos un segundo antes de chocar con fuerza contra un grupo de cubos de basura. Por suerte, el



único testigo fue un gnomo de jardín decorativo que estaba en la acera de enfrente, pero incluso él parecía estar juzgándola.

Se puso de pie, se sacudió la suciedad, y decidió caminar junto a su bicicleta el resto del trayecto a casa. Había sido un regreso brutal a la realidad.

La familia Bailey todavía vivía en la misma casa alquilada de techo plano y pocas ventanas, pero las cosas estaban mejorando para ellos. Su madre por fin había logrado solucionar muchos de sus problemas financieros y no estaba trabajando ni por asomo tanto como solía hacerlo. Sin embargo, últimamente, había algo más que estaba ocupando el tiempo de Charlotte, y no era su empleo.

Alex aparcó su bicicleta en el porche. La puerta principal se abrió de golpe justo cuando ella estaba a punto de entrar. Conner estaba de pie del otro lado. Parecía enfadado y muy preocupado.

-¿Qué te pasa? -preguntó Alex.

-Lo siento, creí que eras mamá -respondió Conner.

-¿La necesitas para algo?

-No. Es solo que ya suele estar en casa a las seis en punto.

-Ahora son las seis en punto -comentó Alex, mirando a su hermano como si estuviera loco.

-Son las seis y *cuarto*, Alex -replicó Conner, alzando las cejas.

-¿Y?

-Pues, ¿dónde está entonces? ¿La ves? ¿Hay algún coche aparcado en la calle? -preguntó Conner.

-Quizás hay mucho tránsito -sugirió Alex.



-O quizás es *otra cosa* -dijo él-. Como algo que la está *reteniendo* en el trabajo.

-¿Hay un punto al que quieras llegar con todo esto? -preguntó, molesta.

-Necesito mostrarte algo -admitió finalmente Conner-. Pero, te lo advierto: no te gustará.

-Ehh... está bien -dijo Alex, y siguió a su hermano adentro.

Una serie de ladridos y gimoteos provino del interior de la casa cuando Alex atravesó la puerta.

-¡*Buster!* ¡Abajo, chico! ¡Es solo Alex! -gritó Conner-. ¿Por qué este perro estúpido actúa como si todos los que entran a esta casa llevaran explosivos? ¡Nosotros también vivimos aquí!

-¿Vas a decirme qué está sucediendo, Conner? -preguntó Alex, perdiendo la paciencia.

-Te lo mostraré. Está en la cocina -dijo él-. Ha habido un *acontecimiento*.

